

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LOS PARES DEL TIPO  
'HACE TRES DIAS' / 'TRES DIAS ANTES'

Teresa Bejarano Fernández

1.- Para presentar nuestra cuestión, es obligado acudir a Benveniste, 1956. Allí, después de haber definido la deixis como lo dependiente de la instancia de discurso, Benveniste señala que "en cuanto no se apunta ya, por la expresión misma, a esta relación del indicador a la instancia única que lo manifiesta, la lengua recurre a una serie de términos distintos que corresponden uno a uno a los primeros y que se refieren no ya a la instancia de discurso, sino a los objetos 'reales', a los tiempos y lugares 'históricos'. De donde correlaciones como yo / él, aquí / allá, ahora / entonces, hoy / aquel día, ayer / la víspera, mañana / al día siguiente, la semana próxima / la semana siguiente, hace tres días / tres días antes, etc. La lengua misma descubre la diferencia profunda entre estos dos planos".

Si ahora recordamos cómo se ha ido alargando la lista de deícticos conforme las investigaciones se sucedían, podremos nosotros también ampliar la gama de esas correlaciones o pares. Actualmente ya no se duda de que hay deixis en los vocativos de cualquier término de parentesco ("¡Papá!", "¡Abuela!"), en los morfemas de tiempo de los verbos, en el adverbio "cerca", en "traer" / "llevar", e "ir" / "venir", o en el "demasiado alta" que dice un niño que se queja de cómo está la percha que él no alcanza. Todos ellos cumplen, en efecto, el requisito de que su contenido concreto depende de quién sea el hablante de la enunciación o de dónde o cuándo se produce ésta. Fue precisamente el concepto benvenistiano de aparato formal de la enunciación el que colocó a plena luz la realidad de que el lenguaje, salvo en la función metalingüística ("La yegua es la hembra del caballo") o metalingüístico-enciclopédica ("El caballo tiene diez pares de cromosomas"), está siempre impregnado de deixis.

Pues bien, correspondiendo a esa visión ampliada, se nos aparecen nuevas correlaciones: ¡Papa! / El padre de María, Eso está cerca / Eso está cerca del polo Sur, Llegaron / Cuando llegaron, ya había acabado todo, ¡Qué alta está la percha! / La percha está demasiado alta para Juanito.

Antes de empezar con lo que propiamente constituirá nuestra propuesta, podemos, para describir la diferencia entre los dos miembros de cada par, invocar las nociones bühlerianas de lo simpráctico y lo sinsemántico. El habla simpráctica es la que para su comprensión depende en gran medida de las circunstancias de la acción lingüística. Por el habla simpráctica es por donde comienza el lenguaje, tanto en el plano ontogenético (las holofrases de los niños) como en el plano histórico. Y desde ahí evoluciona hacia una condición cada vez más sinsemántica (¿hasta la liberación total?: estoy de acuerdo con Hörmann cuando, frente a Bühler, puntualiza que tal liberación total sólo la podemos entender "como meta asintótica"). Sin detenernos en subrayar la importancia de la escritura en ese proceso evolutivo, nos bastará con atender a lo que los mismos términos expresan: mientras que lo simpráctico se apoya en la acción, lo sinsemántico se dará en la medida en que las palabras se apoyen en otras palabras.

Pues bien, apliquemos ya esas nociones a nuestros pares. En lo deíctico, ya lo hemos dicho, todo depende de las condiciones de la enunciación, es decir, de cuál sea el hablante, el lugar y el tiempo de la enunciación. En el otro miembro del par, en cambio, lo que antes era término deíctico, ahora remite, no a un centro real, y externo, por más que determinante, respecto al lenguaje, sino a un centro evocado mediante explicitación lingüística. "El padre de María": María no está presente, pero es el centro para el término relacional. "Tres días antes de la toma de la Bastilla": la toma de la Bastilla no es el momento real mío, pero "la toma de la Bastilla", ese momento que he evocado lingüísticamente, es el eje alrededor del cual giran otras palabras. Cuando un término originariamente deíctico ("padre", "antes") pasa así a depender de otras palabras, y no ya de los elementos reales de la enunciación, tenemos el segundo miembro de las correlaciones puestas de relieve por Benveniste. Para poder mencionarlos cómodamente, vamos a llamar a esos segundos miembros términos relacionales de centro secundario. Términos relacionales son los que hacen relación a un centro, y cuando ese centro es evocado por su designación explícita y no está realmente presente, lo llamamos secundario.

Ya están presentados los dos tipos de construcciones ejemplificados en el título. ¿Cuál es la cuestión que acerca de ellos nos planteamos? Hemos visto que hay un vínculo léxico-semántico entre los dos miembros de cada par, y también que esa vinculación hay que entenderla en el sentido de una complicación o progreso desde lo deíctico hasta lo relacional de centro secundario. Lo que ahora tenemos que preguntarnos es qué es lo que corresponde en el plano de los procesos de producción y de recepción a tales vínculos. En concreto, nuestra cuestión

va a ser si el esquema egocéntrico que interviene cuando produzco un término-índice (1) intervendrá acaso también en el proceso de la construcción relacional de centro secundario.

2.1.- Lo primero que observamos es que la pregunta anterior se puede plantear en un nivel más sencillo. No hace falta acudir a una intensificación de lo sinsemántico, para que se nos aparezca algo que, en relación con la producción de términos-índice, resulte, por un lado, semejante, y, por otro lado, diferente. Atendamos, en efecto, a una posible clasificación de los términos-índice. Clasificaciones correctas de los términos-índice o deícticos no escasean precisamente: por un lado, los vinculados a los interlocutores (serie del yo y serie del tú), al lugar o al tiempo; por otro lado, según qué parte de la oración --sean pronombres o adjetivos, adverbios, verbos o nombres--; por otro aún, la distinción de Kaplan entre puros, como "yo", "ahora" y todos los demás que no necesitan complementación, y los impuros, como "éste", que sí la necesitan (bien lingüística, bien gestual) (2). Pero para nuestros propósitos no nos vale ninguno de esos criterios clasificatorios. Las clases que a nosotros nos interesa distinguir son la de los términos-índice repetibles en eco por el oyente, y la de los no repetibles. Creo que la terminología que he usado, aunque quizá demasiado pintoresca (confieso que me la ha sugerido un cuento infantil sobre el eco), no necesita explicación. Pero lo que sí debemos puntualizar es que hay muchos términos-índice que no están asignados por naturaleza a una u otra clase. "Yo", "tú", "este", "mi" están, por supuesto, siempre en la clase de los no repetibles. Pero, en cambio, un término como "arriba" será repetible en eco sólo mientras ocurra en una enunciación en la que los interlocutores estén ambos al mismo nivel sobre el suelo: supóngase, en efecto, a un hablante situado dos pisos por debajo de donde está su destinatario. La ambigüedad del "aquí" es un fenómeno muy conocido: "aquí" puede ser un término índice vinculado a los interlocutores --en concreto, de la serie del yo--, y, como tal, no repetible en eco por el oyente, pero puede otras veces ser también el lugar común a hablante y oyente, y alinearse, por tanto, entre los repetibles. Y para los deícticos temporales, basta, claro está, con que pensemos en la escritura, para que se nos aparezca la posibilidad de que entren en la clase de los no repetibles.

Pues bien, establecida esa clasificación, queremos proponer que, comparado con el proceso receptivo de los términos-índice repetibles en eco, el de los no repetibles incluiría un factor más. Ese factor intervendría también en actividades no lingüísticas; sería algo a lo que el

lenguaje, cuando lo necesita, recurre, pero sin monopolizarlo. Esa caracterización de un factor como de amplio espectro encaja con la tendencia hoy predominante en neuropsicología, la tendencia constelacionista, según la cual las distintas actividades serían subconjuntos más o menos intersecados constituidos todos a partir del elenco total de factores psíquicos (Luria, 1979, pg. 40, por ejemplo). El término que preferimos darle a ese segundo factor que la recepción de los términos-índice no repetibles en eco necesita es el de "asunción provisional de rol ajeno", o "descentramiento externo" (El calificativo 'externo' es obligatorio para mí, ya que en otras ocasiones he intentado caracterizar un "descentramiento interno", que sería mucho más decisivo para la constitución de lo humano, y que consistiría en la captación de un contenido mental que el otro tenga y que sea *incompatible con el propio* contenido mental del sujeto justamente sobre la misma cosa).

Pero expongamos ya cómo sería según lo propuesto el proceso de recepción de términos-índice no repetibles en eco. El oyente tiene interiorizado un esquema del término --un esquema que es, nóteselo, justo el de producción-- donde él es el centro (así, p. e., para "yo", él es el designado; para "¡Papá!", él es el hijo del padre en cuestión). Y en el proceso que estamos considerando, él, sin dejar de detentar la cualidad antes mencionada, o sea, la de ser centro en tal esquema, asumiría el rol del hablante, pero sólo para volver, cuando ya tenga comprendida la acción ajena de producción del término-índice, a situar el centro del esquema egocéntrico en el propio cuerpo, y la acción ajena en el cuerpo del otro. Como se ve, el principal tanto a favor de esta propuesta es la economía que supone el que la recepción de los términos-índice la podamos explicar con el mismo esquema que sirve para dar la explicación más fácil entre todas las que se pueden dar de la producción de tales términos. En definitiva, estamos intentando explicar cómo todo lo que Russell llamó "particulares egocéntricos" podría seguir mereciendo tal designación incluso cuando se lo contempla en su vertiente receptiva.

¿Quiere eso decir que todos los términos-índice tendrían que aprenderse primariamente por vía egocéntrica y que sin tener padre no se podría aprender el significado '¡Papá!'? No, no estamos diciendo en absoluto eso. Lo que proponemos es que, sea cual sea el caso concreto en que primariamente se aprendió el término, ya fuera un caso centrado en el sujeto, ya no lo fuera, sucederá siempre que la generalización sólo podrá realizarla un sujeto cuando tenga forjado un esquema en el que él --el sujeto-- constituya el centro y cuando ponga a funcionar ese esquema durante sus asunciones de roles ajenos.

Podemos formular lo anterior con otras palabras desde

una clase concreta de términos: La costumbre de los etnógrafos (3) de presentar los sistemas de parentesco como cuadros centrados en el Ego, lejos de ser un mero artefacto expositivo, reflejaría la naturaleza del esquema significativo de tales términos, y ello no sólo cuando tales términos se contemplan en su vertiente productiva y referidos al hablante. Para poner un caso concreto atendamos a la reciprocidad que hace que si "Nicolás es mi hermano", sucede que "Yo soy hermano de Nicolás". Según nuestra propuesta, habría tras esas frases una doble intervención del esquema egocéntrico de quien las pronuncia; en la primera, el esquema se centraría en el hablante, y en la segunda, en Nicolás. A nivel de descentramiento, la adquisición de la reciprocidad de "hermano" no sería, pues, más exigente que la recepción de los términos-índice no repetibles en eco por el oyente. Y, por tanto, dado que en el niño de la famosa observación piagetiana (véase, p. e., Piaget, 1962, pg. 202), la adecuada recepción de los términos-índice es contemporánea con la incapacidad de ver que él es el hermano de Nicolás, no podemos atribuir ésta a incapacidad de descentramiento (4). Lo que le fallaría al niño de cinco años de la observación de Piaget es, o bien el conocimiento de la reciprocidad de "hermano", o bien --o mejor, quizá-- la capacidad para un descentramiento particularmente difícil (difícil en cuanto Nicolás no está ahí en calidad de actuante sino sólo en calidad de objeto mentado, pero de eso ya se hablará después).

2.2.- Siguiendo todavía, pues, con la recepción de los términos-índice, vamos a proponer que ahí el momento de identificación con el productor y sus acciones, lingüísticas u ostensivo-gestuales, sería una manifestación particular de la índole de la recepción general del habla, y aún más allá, de la índole de la recepción de cualquier pauta cultural. Empecemos por el dato de Liberman: los errores en la recepción de fonemas son mayores cuando se trata de fonemas afines sólo en sus pautas motoras que cuando se trata de fonemas afines según el espectrograma pero con pautas motoras muy distintas. Pero podemos encajar la 'teoría motora de la recepción del habla' de Liberman en el hecho de la arbitrariedad del lenguaje. La articulación de una palabra no está conformada por la motivación que la haya producido, como pueden estarlo en cambio un alarido de dolor o una expresión aterrorizada; en la conducta lingüística el impulso tiene que pasar por la pantalla intermedia que es la pauta articulatoria aprendida, y sólo en cuanto aprendida, poseedora de significado. Pues bien, en la recepción, que es lo que nos interesa, pasa lo mismo. Mientras que las señales expresivas innatas afectan directamente al receptor, las palabras, en

cambio, tienen, también ahora, que pasar por la pantalla intermedia. En resumen, tenemos que, mientras que la comunicación con señales innatas se puede describir en tres puntos (estado interno del productor, conducta, estado interno del receptor), la comunicación mediante signos culturales necesitaría, en cambio, cinco (estado interno del productor, pauta aprendida, conducta, pauta aprendida, estado interno del receptor). ¿Qué podemos decir entonces de la recepción de signos o pautas culturales? El comprender la pauta que le llega lo conseguiría el receptor en la medida en que la reconozca como una de las pautas que él es capaz de producir. En otras palabras, estamos proponiendo que el receptor comprende cuando pone como esqueleto motor del estímulo externo una pauta de las *suyas propias*. Y si ahora tenemos presente que la pauta aprendida no concierne sólo a lo articulatorio, sino que también es aquello en virtud de lo cual los sonidos en cuestión tienen significado, ya se consigue que lo dicho en este párrafo se movilice a favor de la idea de que el esquema egocéntrico interviene en la recepción del término-índice no repetible en eco. Como se adelantó, añadiremos que ese tipo de comprensión basado en la imitación latente (o asunción del rol del productor) sería el que corresponde a todas las acciones culturales y conformadas, pues, por la mera imitación de un modelo (5).

Podemos ya recapitular lo que hemos propuesto sobre la recepción de los términos-índice no repetibles en eco por el oyente. Los sonidos recibidos pulsan, como en cualquier recepción lingüística, el mismo esquema que sirve para la producción, y que es, en el caso de los términos que nos ocupan, un esquema egocéntrico. Ese momento de imitación latente o identificación con el productor se supera con un segundo momento también presente en toda recepción lingüística y por el cual el receptor no capta sólo el sentido a secas sino también el que ese sentido ha sido dicho por el hablante. (Hay un breve artículo --Le Pore, 1983-- consagrado a insistir en esta última vertiente del significado, o sea, en la que queda fuera de una concepción tarskiana del significado; y he visto anunciada una obra del mismo autor, esta vez en colaboración con B. Loewer, titulada *Dual-Aspect Semantics*). Con el segundo momento, el centro del esquema egocéntrico queda traspasado al hablante, y se consigue ya el entendimiento correcto para nuestros términos, es decir, un aterrizaje referencial justo inverso al que tendrían si hubiesen sido producidos por el oyente. Como se ve, nuestra propuesta la hemos intentado respaldar en una teoría de la recepción. Pero con eso, también nos hemos puesto --es un tributo inevitable-- más difíciles las cosas para nuestra siguiente parte.

3.1.- Les toca ya su turno a las construcciones relacionales de centro secundario. Hemos propuesto que si en la recepción de los términos-índice no repetibles en eco por el oyente seguía sirviendo el esquema egocéntrico, eso era porque el oyente, como en cualquier recepción lingüística, además de imitar latentemente (si no, no la comprende) la acción del hablante, se ocupa también de situarla en su verdadero realizador, o sea, el hablante. ¿Cómo se relacionan con eso las construcciones relacionales de centro secundario? Lo primero que en éstas se observa es que el centro no es ya sólo que no coincida con el oyente, sino que tampoco coincide con el hablante. Ya antes dijimos eso: definimos --recuérdese-- este tipo de construcciones como aquéllas en que el centro no está presente, o al menos no está actuando. Pero ahora tal rasgo se nos presenta como una diferencia más fuerte de como aparecía antes. Y, en efecto, nuestra propuesta va a ser que, comparada con la recepción de términos-índice no repetibles en eco por el oyente, la construcción relacional de centro secundario es: 1) afín en el sentido de que involucra, ella también, el factor de asunción del rol ajeno y la consecuente transmisión de la condición de centro del esquema egocéntrico al exterior del sujeto; 2) diferente en cuanto ahora ese factor (aparte de estar presente también en el hablante y no, como antes, sólo en el oyente) opera en un plano distinto, donde ya no cuenta con aquella corriente general que antes lo ponía a funcionar.

En cuanto a la afinidad o semejanza, es algo que nos fue sugerido ya al comienzo del artículo por la estrecha vinculación léxico-semántica que mostraban entre sí los dos miembros de cada par de Benveniste. En concreto, la recepción de los términos-índice no repetibles en eco por el oyente, y la construcción relacional de centro secundario coincidirían en que una y otra necesitan de los dos mismos puntos: por un lado, el sujeto (el oyente, en el primer caso; el hablante y el oyente en el segundo caso) pone a funcionar su propio esquema egocéntrico y, por otro lado, proyecta el centro de ese esquema a un lugar situado fuera de su propio cuerpo. Eso es lo que permite el englobamiento propuesto en 1). Y lo que a su vez impide ampliar más ese englobamiento es el hecho de que más allá de la recepción de los términos-índice no repetibles en eco, empiezan los procesos donde sólo interviene el primer punto, a saber, los procesos de producción de los términos-índice.

Pero dejemos ya de ocuparnos de la semejanza o englobamiento propuesto en 1), y pasemos a las diferencias, punto 2). Puesto que nosotros adujimos para la recepción de los términos-índice no repetibles en eco por el oyente un mecanismo para el que no hay lugar en las construcciones relacionales de centro secundario, estaríamos ahora

obligados a postular un mecanismo distinto sobre el que basar los dos puntos de éstas últimas. Pero no tenemos que postularlo: nos lo brinda la neuropsicología, en concreto los datos sobre lesiones parieto-occipitales. Leamos en Luria, 1974, pg. 150-151: "Los pacientes con lesiones parieto-temporo-occipitales izquierdas comprenden bien el significado de las palabras individuales, pero son incapaces de comprender algunas construcciones, como "el hermano del padre", o "el amo del perro", que, en contraste con construcciones más simples tales como el genitivo partitivo --"pedazo de pan"-- no pueden ser visualizadas en términos concretos, sino que expresa ciertas relaciones abstractas. Otros ejemplos de construcciones inaccesibles para esos enfermos son "la cruz bajo el cuadrado", o "el cuadrado bajo la cruz", "primavera antes del verano", o "verano antes de la primavera", "el vestido enganchado por el remo" o "el remo enganchado por el vestido", las cuales les resultan indistinguibles. Es de reseñar que estos enfermos son los mismos que, cuando los han llevado por pasillos hasta un salón, se pierden en el regreso porque giran a la izquierda cuando deberían girar a la derecha, y a la inversa". Luria concluye que "ahora está claro que en la base de las alteraciones lingüísticas está un defecto de percepción de estructuras espaciales simultáneas pero transferido al plano simbólico". Lo que nosotros queremos añadir a la conclusión de Luria es el matiz de que en todo ese tipo de procesos habría de intervenir siempre la provisional identificación del sujeto --del sujeto cargado con su esquema egocéntrico-- como un estímulo inactivo. "El cuadrado encima de una cruz": Me imagino en el lugar de una cruz; encima (término-índice normal), un cuadrado. "Primavera antes del verano": Me imagino en el verano; antes (término-índice normal), la primavera. En cambio, nada de eso se puede encontrar en la construcción comprensible para los enfermos parieto-occipitales que es "pedazo de pan". Veamos el caso del camino de regreso. Con ocasión de reconocer un determinado punto, me evoco a mí mismo en el camino de ida a la altura de ese punto, y recuerdo el giro a la derecha que entonces di: es así como puedo concluir que ahora toca girar a la izquierda. La clave estriba siempre en que el sujeto se imagine en una situación distinta a la que en ese momento tiene: eso se confirma si atendemos a la forma desplegada que con vistas a una mayor claridad se prefiere a veces a la construcción relacional de centro secundario típica": "¿Ve esa esquina con un toldo a rayas? Usted se planta ahí, y después tuerce a la derecha". Ese "a la derecha" es casi un deíctico todavía, pero que no hace ya referencia al lugar donde están hablante y oyente en el momento de la comunicación, sino al lugar en que se han puesto imaginativamente. Este estadio intermedio me parece sumamente revelador.



Es también útil considerar la localización de las lesiones que dan lugar a los mencionados fallos. La confluencia entre las zonas parietal y occipital resulta, en efecto, relacionada con la sede de los esquemas corporal y egocéntrico (lo parietal) y con la de las evocaciones visuales (la parte terciaria-periférica-de la zona occipital). Además, la tardía maduración de la zona parieto-occipital encaja con el hecho de que, mientras que los niños llegan pronto a la adecuada recepción de los términos-índice no repetibles en eco por el oyente, no llegan en cambio a dominar las construcciones relacionales de centro secundario hasta mucho más tarde.

Como se ve, el significado primario egocéntrico del término se mantiene a lo largo de los tres escalones: producción de términos-índice, recepción de términos-índice no repetibles en eco por el oyente y producción y recepción de construcciones relacionales de centro secundario. Pero sólo en los dos últimos interviene el momento por el que el sujeto proyecta fuera de sí el centro de su esquema egocéntrico. Y sólo es en el tercer escalón donde esa proyección necesita una función mental especializada, distinta ya de la de mera recepción lingüística.

3.2.- Volvámonos ahora hacia el otro rasgo con el que se presentaron en la introducción las construcciones relacionales de centro secundario, a saber, el de que son más sinsemánticas. Y del camino hacia esa complicación sintáctica, nuestra propuesta nos suministra algunos hitos. Parece que ésta podría ser, pues, una ocasión para plantearnos el problema del origen de la sintaxis. ¿Qué nos podría decir respecto a eso esta línea especial de fenómenos sintácticos? Yo lo resumiría así: No se advierte ninguna incompatibilidad absoluta de principio entre esa línea especial de la sintaxis y una teoría que ha sido sugerida sobre el origen de la sintaxis predicativa. Esa teoría es la de que la sintaxis aparece con la conversión de una palabra-frase (holofrase) dicha por alguien en parte inerte de una producción lingüística de otro. Júzguese cómo resulta la aplicación de esa teoría a las construcciones relacionales de centro secundario: "El '¡Papá!' de Juanito y sus hermanitos, o en casa de Juanito", "Esta percha es la 'alta' de Juanito". Diciendo lo anterior de otro modo, lo puramente simpráctico no bastaría --o, lo que es lo mismo, la sintaxis ha de aparecer cuando al recurso simpráctico que es el aparato formal de la enunciación se le quiere someter a una aplicación recursiva. El momento de crisis de lo simpráctico sería cuando un hablante dice "El '¡papá!' en casa de Juanito" y exige, pues, que sus oyentes capten ese "'¡papá!'", además de como dentro del aparato formal de toda la enunciación, también como vinculado al de otra enunciación, cuyo

hablante es Juanito, cuyo lugar es la casa de Juanito, y que tuvo lugar con anterioridad a la que estamos considerando. Aunque todo esto no pasa de ser una sugerencia posible pero sin pruebas, creo, sin embargo, que se podría alzar contra quien pone actualmente en duda el origen social del lenguaje (Gilbert, 1983; véase también la réplica que, invocando frases de Wittgenstein, le dan Sharrock y Anderson, 1986). En efecto, lo que Gilbert llama "un experimento imaginado, una versión del caso 'Crusoe'" es, con mucho, una sugerencia aún menos sólida. Pero, en definitiva, curiosidad y redoblado interés por que se investiguen y aclaren del todo una serie de cosas --términos de parentesco, comparativos...--: eso es lo único, si acaso es algo, que hemos obtenido de este párrafo.

3.3.- Un único punto nos queda por tratar. Hemos propuesto que, a veces, para entender frases como "¡Qué alto!", habría que tomar en consideración al hablante: para un niño muy bajito cualquier cosa puede ser "altísima". (Al lado de ese empleo egocéntrico individual, habría otro empleo que sería simplemente antropocéntrico, o 'egocéntrico standard': para los seres humanos los elefantes son siempre grandes y los ratones, siempre pequeños. Y de la inclusión de ese rasgo dentro del código se derivaría aún otro empleo más, a saber, aquél en que el predicado es matizado por su sujeto: "una jirafa baja" es de seguro más alta que "una niña alta"). Pero es la descendencia de 'alto' en cuanto término-índice lo que ahora nos interesa. En el párrafo anterior sugerimos que los comparativos formarían esa descendencia: "Ese niño es el 'alto' de Juanito"--"Ese niño es más alto que Juanito" (6). Pues bien, ahora podemos ampliar la lista de distintos 'alto'. Recordemos aquella aparente paradoja (Sadock, 1979, pg. 54) de que "Bolivar is five feet tall" no implica que "Bolivar is tall". El primer "alto", es decir, el complementado por una cuantificación, expresaría la dimensión aséptica, sin ninguna valoración positiva del grado. Y ya hemos llegado a lo que queríamos plantear. ¿Cómo se habrá originado ese último --último, en mi opinión-- empleo? Puesto que la idea de la dimensión pura, del *continuum* dispuesto a ser cuantificado cuando las circunstancias históricas sean favorables, es una notable conquista intelectual, el interés de la pregunta es obvio. Asunto diferente es que sea contestable. Pero al menos vamos a explicitar la respuesta que se derivaría de lo que anteriormente hemos propuesto. La sintaxis de la construcción relacional de centro secundario y la sintaxis predicativa, ambas combinadas, estarían en la base de esa conquista intelectual. Como se supone, esa tal combinación capaz de borrar el aspecto valorativo de 'alto' habría consistido en lo que se llama 'problema de serie de tres términos'

("A es más alto que B; B es más alto que C"). Sobre esta cuestión hay una ya larga polémica (véase Johnson-Laird, 1972, y Rivière, 1984) sobre si tales problemas se resuelven por vía imaginística o por la vía de reglas lingüísticas concretas. Actualmente se está fortaleciendo cada vez más la idea de que esas vías son en cada problema dos estrategias diferentes posibles, al estilo de la aritmética --la vía imaginística-- y el álgebra --la otra, más sofisticada y descansada. Pero a nosotros lo que nos interesa es el nivel de la comprensión lingüística, que, lejos de ser alternativo a la resolución imaginística, es aquello sobre lo que ésta se apoya y de lo cual no puede prescindir. Y nuestra cuestión va a ser la de cómo los mecanismos lingüísticos generales (no las reglas de transformación concretas que trae a colación el método afín al álgebra) influyen para que sea adquirida la idea de dimensión aséptica.

La causa inmediata de esa asepticación es, naturalmente, el que de un mismo término --el B, o término medio-- se advierta que es alto, respecto a un centro de referencia, y bajo, respecto a otro centro. Esto nos permite afirmar que el método con el que Harris logra adelantar en varios años la edad de resolución de los problemas de series de tres términos no asegura, en cambio, en absoluto que con esa resolución se esté accediendo a la "altura" desprovista de valoración positiva de su grado. Harris y Basset, 1975, hallaron que el niño de cuatro años puede realizar la inferencia transitiva cuando él --su propia altura-- funciona como el término medio. Entonces, naturalmente, A es alto (término índice normal), y C es bajo (término índice normal), y, con ello sólo, el niño se encuentra en las manos la respuesta acertada de que A es más alto que C. Pero si el sujeto depende para su éxito de la modificación introducida en el problema por Harris, está claro que no ha adquirido la idea de la dimensión aséptica, y posiblemente ni siquiera tampoco la capacidad de comprensión de las construcciones relacionales de centro secundario (recuérdese lo que hemos dicho de la tardía maduración de la zona parieto-occipital). Así pues, es necesario que A, B y C sean los tres externos al sujeto que ha de acceder a la idea de dimensión.

Si ahora recordamos el mecanismo de la progresión temática (Daneš, 1976), y la readopción de objeto (Viehweger, 1976), y proponemos que el elemento temático que lo haya sido también de una oración anterior funcionaría en la segunda con un sentido enriquecido que incluiría el rasgo aportado por el rema de la primera, podremos concluir cuál es la forma lingüística del problema de la serie de tres términos desde la cual el paso a la idea de dimensión es más fácil e inmediato. En efecto, dada la secuencia textual "B es más bajo que A; B es más

alto que C", tendríamos que el segundo B funciona en su oración con un sentido que incluye su condición de ser más bajo que A. Y así es como la comprensión lingüística plena supondría una parte importante del proceso intelectual mismo que estamos considerando. Parte importante, acabamos de decir; pero si vamos a la raíz misma de todo ese asunto, se nos aparecerá que el lenguaje es el punto crucial que posibilita cualquier despegue. ¿Hasta dónde se puede llegar, en efecto, con el 'darse cuenta' prelingüístico? Aunque el "A es mayor que B" humano no nos deje enterados de nada que no haya captado también el animal que escoge de entre dos plátanos el mayor, sus posibilidades futuras son incomparables frente a las de la globalidad animal. Al afirmar aquello de que cuando el lenguaje se emplea para decir " El desayuno de esta mañana ha sido muy bueno", lo lingüístico no está aún ligado a lo intelectual, Sapir (1921, pg. 21) habría incurrido, y expresado paradigmáticamente, un gran error. La articulación de un contenido mental, sea acerca de comida, sea acerca de la teoría de la relatividad, es el hito fundamental, en que hay que ver la espoleta de todo el desarrollo humano. Volviendo a nuestro asunto, podríamos, recapitulando, proponer que la conquista de la idea de la dimensión aseptica se basaría en las capacidades de sintaxis predicativa y de sintaxis relacional de centro secundario.

4.- Como punto final, en vez de repetir otra vez la idea directriz del artículo, voy a intentar explicar y justificar la elección del tema de este artículo. Veamos por lo pronto los intereses que a este tema me han llevado. Uno es el del descentramiento; ¿en qué consiste el tipo de descentramiento que se aplica a los términos-índice y relacionales?, ¿hasta donde llegan sus consecuencias?, ¿está acaso detrás de la captación de conciencias ajenas y, conjuntamente, del perfilado como conciencia de la interioridad propia? Mi postura, después del presente análisis, es la de no ampliar lo que había propuesto en otra ocasión, sino mantener como causa de esos efectos sólo al descentramiento que llamamos interno, y que es muy distinto de éste que se aplica al esquema egocéntrico. Otro interés que está en el origen de este artículo es el del origen de la sintaxis: la sintaxis es a mi entender un rasgo perfectamente caracterizador del lenguaje humano. Otro más aún --las relaciones entre lenguaje e inteligencia o procesos intelectuales exclusivos del ser humano-- es el que me ha llevado al último problema del artículo, la adquisición de la idea de dimensión pura. Como se ve, esos focos de interés son enormemente amplios: seguramente nadie discutirá que son atractivos, pero habrá en cambio muchas dudas acerca de que sean manejables. Pues bien --y con esto ya llegamos al objetivo anunciado de este pá-

rafo-- , esa excesiva amplitud de los intereses expuestos, esa amenaza de inmanejabilidad que sobre ellos se cierne, es justo lo que arguye más fuertemente a favor de nuestra elección de tema. En efecto, la indagación acerca de los términos índice y relacionales tiene la enorme ventaja de acotar parcelas reducidas en el interior de aquella agobiante amplitud. Y así, mientras que el atractivo de los intereses y su relevancia antropológica se mantiene, su tratabilidad, sobre todo en manos más capaces que las mías, podría aumentar.

Universidad de Sevilla

#### NOTAS

(1) La producción de los términos-índice la hemos definido --y así se sigue repitiendo en todo el artículo-- como egocéntrica. Pero quiero puntualizar que el egocentrismo de los términos-índice no sólo no es ajeno a la intención comunicativa, sino que es estrictamente dependiente del deseo de que el oyente capte de cuál referente concreto hablamos. En lenguaje para uno mismo, la queja "¡Qué frío!" o "¡Qué dolor!" no necesita acompañarse de determinantes, pues sólo hay un frío o un dolor que cuenten en la interioridad precomunicativa, aquél, propio o ajeno, al que se esté atendiendo en el momento de que se trate. En lo atendido por el sujeto, en su particular encuadre mental en un determinado momento, habría, pues, un único referente protagonista: una silla que he visto rota es entre las sillas que ahora me rodean, la única en la que me estoy fijando. En cambio, en el contexto real que rodea al hablante, y que es al que tiene acceso el oyente, no hay ya nada de ese protagonismo exclusivo de un referente, y, por tanto, el hablante tendrá que especificar y primar a uno solo entre los varios candidatos. Así pues, la especificación egocéntrica resulta ser para el otro, y no para uno mismo. Ahora bien, lo que se ha reconocido en esta nota no nos lleva a asimilar el proceso implicado por los términos basados en el esquema egocéntrico con el proceso de la génesis de la conciencia del otro y, por tanto, también del yo. (A lo largo del artículo se verán afloramientos de esta cuestión, si bien siempre breves y de pasada: en otra ocasión me centraré en ella. De momento, sólo adelanto mi opinión: el pensar en el oyente como en alguien que, aunque participando de mi contexto real, no tiene por qué estar acotando con su atención lo mismo que yo, el pensar meramente eso, no introduce en mi interioridad ninguna incompatibilidad que exija una ruptura, pues otro encuadre distinto

al que tengo ahora podría muy bien ser mío dentro de un momento).

(2) Olvidar que la complementación puede ser también gestual y que, en consecuencia, hay un "aquí" que no es 'indexical' puro, es lo que llevó a Vision, 1985, a afirmar que, colocando al hablante ante un mapa, podemos desmentir la tesis de la imposible falsedad de la unión indéxica "Yo estoy ahora aquí".

(3) Es curioso si, como proponemos, han sido los etnógrafos, y para mayor paradoja, cuando sólo se preocupaban de encontrar un recurso expositivo cómodo, quienes han dado con la mejor caracterización psicológica de cualquier empleo de los términos de parentesco: en efecto, esos términos han sido precisamente el campo preferido de la colaboración entre psicólogos y lingüistas (Abrahamsen, 1987).

(4) La capacidad misma de 'descentramiento externo' se adquiriría pronto; el desarrollo que se extiende hasta casi la adolescencia es el de la habilidad para determinar perspectivas ajenas con mayor precisión, es decir, para conocer cuál es exactamente la perspectiva de otro observador, y no ya meramente que es distinta de la propia. Y entre los factores que vuelven difícil esa tarea, figuran la naturaleza inanimada del observador, los giros complicados y múltiples... Esas afirmaciones, que tanto respaldan nuestra propuesta de englobar como descentramientos, a pesar de sus distintas edades de adquisición, la recepción de términos-índice y la producción y recepción de construcciones de centro secundario, vienen a resumir la opinión actual en Psicología evolutiva (Enesco, 1985).

(5) Si nos fijamos en que los movimientos culturales están vinculados con la mano derecha, y también en que las dos bandas del lenguaje -- articulación y entonación-- tienen cada una como sede un hemisferio cerebral, la primera el izquierdo, o sea, el de los movimientos diestros, y la segunda, el derecho, si lo hacemos así, nos tentará la idea de que es la oposición entre movimientos culturales o sin sentido intrínseco y movimientos innatos o no conformados por aprendizaje lo que está en la base de la peculiar especialización hemisférica humana.

(6) Esto se podría poner en relación con la vieja cuestión de si acaso todos los predicados de n-lugares pueden analizarse en términos de predicados de un solo lugar. Russell arguyó aplastantemente contra esa posibilidad, que defendían los hegelianos británicos. Y, desde luego, es indudable que si analizamos "A es mayor que B" como "La uidad de A y B contiene o es calificada por la diversidad de magnitud", esa pretendida reformulación deja completamente sin decidir el punto de si A es mayor que B o B es mayor que A. Sin embargo, la génesis que se ha sugerido para el comparativo, viene, aunque en un ámbito --el del origen histórico-- muy reducido, a valerse del predicado de una sola plaza (el "¡Qué alto es ése!" dicho por Juanito es predicado de una sola plaza) para explicar la relación comparativa -- el "Ese es más alto que Juanito". Pero como la polémica aquella enfo-

caba las formulaciones lógicas, y no los procesos mentales, ni de ahora ni del origen, nuestra propuesta no afecta para nada a la victoria de Russell, con tal de que ésta no sea extrapolada fuera de su ámbito.

#### BIBLIOGRAFIA

- ABRAHAMSEN, A.A.: "Bridging Boundaries versus Breaking Boundaries: Psycholinguistics in perspectiva", *Synthese*, 72, 1987, pg. 355-358.
- BENVENISTE, E.: "La naturaleza de los pronombres" (1956), *Problemas de Lingüística General*, I, Siglo XXI, México, 1972.
- BÜHLER, K.: *Teoría del lenguaje*, Rev. de Occidente, Madrid, 1967<sup>3</sup>.
- DANES, F.: "Zur semantischen und thematischen Struktur des Kommunikats", *Probleme der Textgrammatik*, ed. por Danes y Viehweger, Akademie-Verlag, pg. 29-40, Berlin, 1976.
- ENESCO, I.: "Una revisión del concepto de egocentrismo espacial en tareas de adopción de perspectivas", *Infancia y aprendizaje*, 30, 1985, pg. 81-99.
- GILBERT, M.: "Has Language a Social Nature?", *Synthese*, 56, 1983, pg. 301-318.
- HARRIS, P. L. & BASSET, E.: "Transitive inferences by four year old children", *Developmental Psychology*, 11, 1975, pg. 875-876.
- HÖRMANN, H.: *Querer decir y entender*, Gredos, Madrid, 1982.
- JOHNSON-LAIRD, Ph. N.: "El problema de las series de tres términos", *Investigaciones sobre Lógica y Psicología*, ed. por Del Val, Alianza, Madrid, 1977, pg. 192-223.
- KAPLAN, D.: "Dthat", *Contemporary Perspectives in the Philosophy of Language*, ed. por P. French, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1979, pg. 383-400.
- LEPORE, E.: "The concept of meaning and its role in understanding language", *Dialectica*, vol. 37, nº 2, 1983, pg. 133-139.
- LURIA, A.R.: *Cerebro y lenguaje*, Fontanella, Barcelona, 1974.
- LURIA, A.R.: *El cerebro en acción*, Fontanella, Barcelona, 1979.
- PIAGET, J.: "Comentarios sobre las observaciones críticas de Vigotski", en Vigotski, *Pensamiento y lenguaje*, La Pléyade, Buenos Aires, pp. 199-215.
- RIVIERE, A.: "Modelos de la representación en el razonamiento sobre series", *Lecturas de psicología del pensamiento*, ed. por Carretero y Madruga, Alianza, Madrid, 1984.
- SADOCK, J.M.: "Figurative speech and linguistics", *Metaphor and Thought*, ed. por Ortony, Cambridge University Press, 1979, pg. 50-60.
- SHARROCK, W.W. & ANDERSON, R.J.: "Margaret Gilbert on the social nature of language", *Synthese*, 68, 1986, pg. 553-558.

